

Los caminos de un Hombre Nuevo

Que la cercanía de *Rosh Hashaná* y *Iom Kipur* nos inviten a iniciar un proceso de reflexión y balance acerca de cómo hemos actuado e intervenido como sujetos activos durante este año que finaliza, no resulta novedoso. Aunque, por no ser una buena nueva no deja de cobrar relevancia. Entre historias, *mekorot* y tradiciones, se halla un rasgo humano muy profundo inscripto en estos *jaguim*: un llamado a pensar acerca de la acción individual como componente sustancial de la vida comunitaria- y digo comunitaria en el sentido amplio: el de una comunidad universal.

Resulta un lugar común el de alivianar la inacción del individuo tras la aprehendida certeza de que el mundo no lo cambia uno solo. Y que si el resto no lo hace, por qué habría que pelear contra la corriente. En ese caso, el mundo sólo podría mejorar de una forma mágica: un cambio substancial que de buenas a primeras nos ponga a todos en la buena senda.

El problema de esa perspectiva es que comprende a los individuos como sujetos pasivos, incapaces de enhebrar una acción en pos de transformar la realidad en la que están inmersos. La concepción mágica del devenir relaja la labor de los hombres. Cuando en verdad, lo que hace hombres a los hombres es que tienen conciencia de su capacidad de transformar la naturaleza, de *laborar...* De intervenir en pos de modificar el mundo.

Moadei Tishrei puede representarse como el inicio de un recorrido que debemos comenzar a los pies de una escalera. El primero de los escalones se encuentra en *Jodesh Elul*, para finalizar hacia finales del mes de *Tishrei*. En ella, comenzamos un camino que recorre el aspecto individual en su más íntima actitud - a través de un trabajo de introspección profunda que alcanza su punto alto en *Iom Kipur*- hasta dejarnos en las puertas de lo colectivo- cuando en *Sucot* salimos hacia afuera de uno mismo para encontrarnos con los otros, a quienes invitamos a nuestra *Sucá*.

Uno de los conceptos del glosario *iehudí* que enriquecen nuestra tarea como educadores, a la vez que como actores sociales, es la categoría de *Tikún* - tan cara al mesianismo judío y también a los exponentes más consagrados de la intelectualidad

judía. Ella refiere al intento de restablecer la armonía rota en el mundo por el – “quiebre de las vasijas” -*Shevirat HaKelim*- y más tarde por el pecado de Adán. Esta perspectiva -la de la recomposición del mundo- guarda dos tendencias íntimamente ligadas y contradictorias. Una corriente *Restauradora* con pretensiones de restablecer un estado ideal del pasado, una edad de oro perdida; y otra de carácter *Utópico* que aspira a un futuro radicalmente nuevo que cumple la transición del presente histórico al futuro mesiánico. Como observa Gershom Scholem: “El *Tikún*, el camino que lleva hacia el fin de las cosas, es también el camino que lleva al comienzo”.

Pero, a su vez, *Tikun* nos invita a reflexionar sobre un doble juego: *Tikún Atzmi* y *Tikún Olam*. El centro de las reflexiones pareciera haber estado más en el segundo que en el primero. Sin embargo, la reflexión sobre las posibilidades de reconstituir el sentido acerca de las formas que adquiere la intervención individual es necesaria para poder pensar y actuar en pos de la recomposición del mundo.

Tikún Atzmi constituye ese primer paso en el que intentamos recomponer el yo íntimo. Buscando en *uno mismo* aquello que pretendemos recomponer del mundo. Este proceso comprende una doble perspectiva: por un lado, el momento de la introspección. Por el otro, una instancia de creación. Pues los saberes adquiridos en el primer momento necesitan de una acción creadora para recomponer el lugar del individuo en el mundo. Crear es una acción que muchas veces acompaña el pensar. Y ambas, en pos del *Tikún Atzmi*, se conjugan, se enlazan, se hacen una. Pensar es una manera de proponer al hombre. De pensarlo. Y el judaísmo se ha encontrado en ocasiones con esta imagen: la del Hombre pensando acerca de cómo intervenir en el tiempo. Y quizá esa sea una de sus fortalezas: la de comprender el valor que conservan las acciones individuales y colectivas en el devenir del largo tiempo de la Historia.

Si tuviésemos que buscar en el anecdotario de las personas que han ido construyendo nuestro panteón de hombres y mujeres consagrados, encontraríamos muchos ejemplos. Pero indagemos en el de un hombre que, como señala Abraham Heschel, parece haber tenido el nombre de toda una academia de eruditos más que el de uno solo. Moisés Ben Maimon, Maimónides, Rambam..., los nombres de una sola persona que hizo lo que en el mundo pueden hacer tres -o más. Arquitecto de sistemas intelectuales, modelo de una vida planificada, maestro de la organización del estudio así como hombre consagrado a la acción social, su vida estaba llena de búsqueda, indagación, esfuerzo y autocuestionamiento.

Entre la numerosa cantidad de escritos que Maimónides nos dejó, existe una reflexión acerca de la *Teshuvá* que resulta gráfica. Para el Rambam el camino de la introspección exigía una serie de pasos a cumplir para que, al final del sendero, podamos comprender cuáles eran las formas de la individualidad que no correspondían a las acciones en pos de una vida que estaba dispuesta a vivirse en forma comunitaria. El recorrido hacia uno mismo conllevaba un retorno a la vida con los otros: sólo quien cumplía con los pasos de la *Teshuvá* podía volver a la vida mundana como un Hombre Nuevo – *Adam Jadash*.

La propia experiencia individual resulta en Maimónides una forma de interacción con los otros de la comunidad –y vuelvo a pensar la comunidad en su sentido universal. Comenta Marcos Aguinis, en una pequeña biografía del Rambam, que hacia el año 1201 d.e.c. las aguas del Río Nilo habían comenzado a bajar y, en consecuencia, la vida que era regada por sus desbordes comenzaba a estar amenazada. El hacinamiento de los pobladores que se asentaban a la veda del río engendró focos endémicos. En ese contexto, Maimónides, que se encontraba como *Maguid* de la judería egipcia, abandonó los asuntos filosóficos en pos de una voluntad médica que vigilaba la situación de los habitantes.

Hacia el final de sus días reforzó el vínculo entre la reflexión sobre sí mismo, en pos de una forma superior de la individualidad, y la comunidad. Abandonar la filosofía para dedicar sus esfuerzos a la medicina puede entenderse como un pasaje de la reflexión individual al compromiso colectivo. Otro hombre, nos cuenta Eduardo Galeano, tuvo un recorrido parecido. Ernesto Guevara era médico y se había incorporado a la guerrilla de Fidel Castro para desarrollar esa función. Pero, tras su experiencia de joven viajero por los empobrecidos entramados sociales latinoamericanos, comprende que debe dejar de lado su botiquín y decidirse por las armas. Las palabras que reproduce el narrador uruguayo son algo parecidas a estas: "Latinoamérica necesita de una cirugía mayor y no de un hombre que vaya poniendo parches a cada herida".

El Che realiza también ese cruce –aunque, lo sabemos, en un contexto muy distinto. Pasar de la medicina como práctica social a querer transformar la sociedad. En Guevara también hay una reflexión acerca de la individualidad que, a fuerza de interpretarla, podríamos pensarla en sus apreciaciones acerca del Hombre Nuevo.

Una vez resuelta la situación en Cuba, el Che es nombrado en algunos cargos públicos. Cuando era Ministro de Hacienda propone entre los funcionarios y la población la realización de "trabajos voluntarios". Estas eran tareas que se desarrollaban tras el horario formal de trabajo. La imagen más representativa es la del mismísimo Che Guevara con el torso desnudo metido entre zafreros, al abrigo del sol caribeño, realizando una de las tareas más abrumadoras.

En Guevara el Hombre Nuevo es aquel que desde la propia acción individual busca generar una conducta colectiva. El Ministro que, despojado de la formalidad de su traje, trabaja junto a los cortadores de caña; quiere ser el ejemplo para aquellos que desde las jerarquías del Estado olvidan los aspectos ingratos de la experiencia colectiva. Cambia él para que cambien todos; haciendo de la reflexión y la acción individual la forma de proponerse e ilustrar un vínculo con lo colectivo.

Estos recorridos personales, experiencias de otras vidas, nos están invitando a valorar la reflexión y las formas consecuentes de enhebrar una acción a favor de la recomposición del mundo. *Moadei Tishrei* nos abre las puertas hacia un proceso de introspección cuyo fin es el de considerar la acción individual. Pero una acción que, aunque individual, no resigna el aspecto colectivo. Más bien, se trata de reflexionar acerca de cómo la propia individualidad es constitutiva de las formas de convivencia comunitarias.